

LA RIDICULEZ

CARILLON & AL. CALZADA DE SAN JUAN DE LOS RIOS 1

LA ridiculez es un accidente moderno en la historia de las costumbres.

Merced a sus revoluciones internas, los pueblos, como los individuos, suelen cambiar de temperamento más de una vez en su vida.

En estos cambios el virus social toma diversas formas para manifestarse.

A nosotros nos ha tocado la manía de la ridiculez por azote.

Antes de seguir hablando sobre la ridiculez, parecía natural que procediera a definirla exactamente.

Cansados de darle muchas vueltas al asunto cuantos han tratado de definir la gracia, han concluído por ponerse de acuerdo en que es un *no sé. qué* inexplicable.

Y después de esta verdad inconcusa no se ha encontrado definición más exacta.

Pues hallo la fórmula, a ella me ajusto.

La ridiculez, como la gracia, es un *no sé qué* indefinible.

¿Quién sabe, si no, en qué consiste, cuál es su forma de manifestación, dónde comienza, dónde concluye?

Se ha dicho, sin embargo, que la gracia es la luz de la fisonomía.

Esto no es una definición, es una frase; pero la frase es bonita y ha hecho fortuna, lo cual prueba que, como las tortas, a falta de pan, son buenas las frases a falta de definiciones.

Puesto en este camino mi tarea se simplifica extraordinariamente.

La ridiculez es una cosa horrible que hace reír.

Es algo que mata y regocija.

Es Arlequín que cambia su espada de madera por otra de acero, asesina con ella en broma y dice después a su víctima una bufonada por toda oración fúnebre.

Es Mefistófeles, con peor intención y menos profundidad, que se burla de todo lo santo.

Es Falstaf, menos filósofo y más raquítrico, que empequeñece todo lo grande.

Se suele decir que un paso más allá del sublime está el ridículo.

Esta es también una frase.

Tanto valdría afirmar que el agua del universo hay que buscarla en la tinaja de mi cocina.

El ridículo se encuentra un paso más allá del sublime, porque se encuentra un paso más allá de todo.

Y, lo que es peor, un poco más acá también.

Es un monstruo que nos tiene tendida una red inmensa y oculta.

Un enemigo artero que se esconde detrás de nuestras más sencillas acciones, de nuestras palabras más inocentes, de nuestros movimientos más insignificantes.

Todos andamos temblando con el miedo de caer en su celada.

Todos vivimos con la angustia de *Damocles* y del *Licenciado Vidriera*, temiendo que se rompa el hilo que suspende el ridículo sobre nuestra cabeza y nos atraviese como con una espada o nos quiebre como con un canto caído de una torre.

Y no es extraño este exagerado temor.

La ridiculez, como dejo dicho, es la muerte social.

Una muerte dolorosa y cómica por añadidura.

Contra este veneno se ha encontrado, no obstante, un específico.

Pero en este caso sí que puede decirse que es peor el remedio que la enfermedad.

La ridiculez se cura con sangre.

Es preciso espantar si no se quiere hacer reír.

Una vez erizada la sociedad de estos escollos, los hombres, como los navegantes, debiéramos tener una carta hidrográfica para navegar por sus aguas sin peligro.

Yo sé, próximamente, lo que es bueno y lo que es malo.

Yo sé lo que se castiga y lo que se premia.

La religión tiene su catecismo.

La sociedad, sus leyes civiles y criminales.

Nadie conoce, sin embargo, el código de la ridiculez.

Nadie, aunque quisiera, podría atenerse a la ley escrita.

¿Cómo distinguirla, pues?

¿Cómo evitarla, si nada hay más elástico que su círculo de acción?

Es ridículo desde el pobre diablo que lleva una levita de hechura atrasada, hasta el esposo a quien arrebatan su honor:

Quitad el desenlace a *El médico de su honra* y queda el protagonista en ridículo.

Dadle un fin trágico a *El lindo don Diego* y lo convertís en un personaje decoroso.

La teoría del ridículo, sentada sobre esta base, no dejaría de ser un tanto peligrosa.

¿En qué consiste, entonces, la ridiculez?

Entran en su dominio las lágrimas de sentimiento y la hechura de ciertos cuellos de camisa.

La turbación del amante y la manera de andar de ciertas personas.

La sencilla franqueza del hombre honrado y tal o cual corte de gabán.

Lo que he observado es que los bribones y los truhanes son los únicos que nunca se encuentran en ridículo.

Y, sin embargo, se dice que el ridículo es peor que la muerte.

Y, sin embargo, el estar o no en ridículo es independiente de nuestra voluntad, porque nos puede poner el primero a quien se le antoje.

Cuando se para mientes en estos absurdos de la vida, se cree que la lógica se ha hecho para entretenimiento de los escolares.

El sistema decimal hará uno, con el tiempo, los diversos sistemas de monedas, pesos y medidas del mundo.

Un idioma universal acabará, más tarde o

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

más temprano, por hacer que todos los hombres se entiendan entre sí.

En las apreciaciones sociales nunca dejará cada uno de ver las cosas por un prisma diferente.

«Dadme un punto de apoyo—decía Arquímedes—y moveré el mundo.»

Dadme una verdad social, digo yo, y, partiendo de ella, las hallaré todas, y daré, como Moisés, unas tablas de la ley, y haré de la tierra un paraíso.

Quizá por esta última razón estaremos condenados a buscarla eternamente sin hallarla nunca.

EL PORDIOSERO
TIPO TOLEDANO

EL estudio de las costumbres populares de un país ofrece siempre grande interés a las personas ilustradas. Ya se las mire bajo el punto de vista del arte, buscando en ellas lo mucho que tienen de pintoresco, ya se las considere como datos preciosos para construir el pasado, del cual guardan huellas tan visibles, nunca se encarecerá bastante la atención con que artistas, eruditos e historiadores deben detenerse a analizar las curiosas analogías que se hallan entre los tipos, los usos, los trajes y hasta las ideas de esas masas, que siguen de lejos y lentamente el movimiento de la civilización, con las de épocas apartadas cuyos detalles y rasgos característicos se suelen buscar inútilmente en crónicas y tradiciones.

Pero si siempre es de gran interés este género de estudio, nunca lo será tanto como en los momentos actuales, en que, espectadores de una radical transformación, sólo así

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

podremos recoger la última palabra de un modo de ser social que desaparece, del que sólo quedan hoy rastros en los más apartados rincones de nuestras provincias, y del que apenas restará mañana un recuerdo confuso.

La irresistible corriente de las nuevas ideas nos empuja hacia la unidad en todo; los caprichosos ángulos de las antiguas ciudades vienen al suelo sacrificados a la línea recta, aspiración constante de las modernas poblaciones; los característicos trajes de ciertas provincias comienzan a parecer un disfraz fuera del obscuro rincón de la aldea; los usos tradicionales, las fiestas propias de cada localidad se nos antojan ridículas. Treinta años faltan al siglo XIX para concluir su carrera; por nuestra parte, creemos que en esos treinta años desaparecerá por completo lo poco que de este género existe y puede aún consignarse para transmitir su recuerdo a los que vendrán tras nosotros, y tal vez culparán nuestra incuria.

No nos falta la fe en el porvenir; cuando juzgamos bajo el punto de vista del filósofo o del hombre político las profundas alteraciones que todo lo transtornan y cambian a nuestro alrededor, esperamos que en un término más o menos distante algo se levantará

PAGINAS DESCONOCIDAS

sobre tantas ruinas; pero séanos permitido guardar la memoria de un mundo que desaparece y que tan alto habla al espíritu del artista y del poeta; séanos permitido sacar de entre los escombros algunos de sus más preciosos fragmentos, para conservarlos como un dato para la historia, como una curiosidad o una reliquia.

Reuniendo en las columnas de *La Ilustración de Madrid* cuanto nos sea posible allegar referente a monumentos, tipos, trajes y costumbres de nuestras provincias, creemos hacer algo de lo mucho que en este camino podría aún hacerse por nuestros artistas y escritores contemporáneos.

El tipo que ofrecemos hoy, y que nos ha inspirado estas líneas, viene a corroborar la opinión que dejamos consignada. Merced a los esfuerzos de la beneficencia oficial y a los reglamentos de policía urbana, las poblaciones importantes de nuestro país se han visto libres de la nube de pordioseros que en tiempos no muy remotos llenaban sus calles. El mendigo, cuya cabeza típica y pintorescos harapos inspiró a más de un artista fantásticas siluetas, se ha transformado, al contacto de la civilización, en el vulgar acogido de San Bernardino, con su uniforme de bayeta

obscura y su sombrero de hule. Al imponerles la chapa y la guitarra a los que aún permanecen, merced a no sabemos qué privilegio, a las puertas de las iglesias, los han despojado de la originalidad y multitud de atavíos, lesiones, actitudes y arengas en que desplegaban su inagotable fantasía. La mendicidad, que se arrastra siempre en derredor del fausto, ha sido en ciertas edades el rasgo característico de la sociedad española. Desde el lisiado que pedía limosna a Gil Blas con el trabuco, hasta el sopista que seguía una carrera y llegaba a veces a los más altos honores mendigando las sobras de los conventos, nuestro país ha ofrecido tipos de pordioseros tan numerosos y extravagantes, que ni Callot ni Goya los hubieran soñado.

Aplaudimos a la Administración, que hace esfuerzos por remediar este daño, poniéndonos en lo posible al nivel de los países de mayor cultura; pero, no obstante, nos gusta recoger las impresiones que guarda el artista de estos tipos tradicionales, y que hoy sólo en algunas provincias pueden estudiarse con toda su pintoresca originalidad. Tiene el arte no sabemos qué secreto encanto que todo lo que toca lo embellece. Entre cien modelos repugnantes y groseros, sabe, tomando un de-

talle de cada uno, formar un tipo que, sin ser falso, resulta hermoso. Mirado a través de este prisma, no hay asunto que no interese, ni figura que deje de ser simpática.

En algunas de nuestras antiguas ciudades castellanas, cuando la nieve cubre el piso de las revueltas calles y sopla el cierzo haciendo rechinar las mohosas veletas de las obscuras torres, ¿quién no ha visto inmóvil, junto al timbrado arco de una vetusta casa solariega, la figura de un pordiosero que tiende al fin la descarnada mano para llamar a la puerta, cuyos tableros desunidos, grandes clavos y colosales aldabas traen a la memoria las misteriosas puertas de esos palacios deshabitados llenos de encantos medrosos de que nos hablan en los cuentos?

La multitud pasa indiferente al lado de aquella escena; el artista se detiene, herido ante el contraste de tanta miseria junto a tanto esplendor; repara en la armonía de las líneas y en los efectos del color, se siente impresionado como ante un cuadro que pertenece a otra época diferente y ve una revelación de otro siglo y de otra manera de ser social en aquella tradición viva que entra a hablar a su alma por el conducto de los ojos.

LA CRUZ DE MAYO

CATILLANA, ESTERILIZADA

CON dificultad puede encontrarse un pueblo más apegado a sus tradiciones y costumbres que el pueblo de Madrid. Hablamos del verdadero pueblo. En Madrid hay dos grandes grupos de población: uno de gente febril e inquieta para la que no hay otro calendario que la *Guía*, ni más oráculo que la *Gaceta Oficial*; este grupo de gente oscila al compás de los sucesos políticos, vive en los círculos, en los cafés, en el salón de conferencias, hace cola a la puerta de la tribuna del Congreso, se desespera en la antesala del ministro y lleva sus preocupaciones a la Fuente Castellana, su difícil digestión a los bufos o su ayuno a los bancos de los paseos públicos, donde encuentra lecho; ésta es la gente que vive en el mundo del negocio, de la aristocracia y de la política; turba dorada o miserable de banqueros, títulos, oradores, empleados, escritores, artistas, cesantes y vagos

para los que no hay fiestas, ni estaciones, ni santos, ni apenas día y noche.

Hay otro gran grupo de menestrales, artesanos, de gentes que viven de esos oficios sin nombre o no viven de ninguno, que forma otro mundo social, el cual marca como un cronómetro el curso de las horas y los días del año, y en medio de las mayores preocupaciones y de los más grandes trastornos se acuerda de la fecha de las verbenas, de los días en que se coge la bellota en el Pardo, cuándo florecen las lilas en el Retiro, se visitan los monumentos, se destripan las meriendas en el canal, se celebra el santo patrón, se conmemoran los mártires de la Independencia o se entierra la sardina.

El que ocasionalmente vive en Madrid, o aunque de asiento en él, no traspasa la barrera de ese, no sabemos si medio o cuarto de mundo cortesano que empieza en la Castellana y acaba en el Teatro Real, comprendiendo en su ámbito una media docena de calles, se encuentra a veces sorprendido por una mesa cubierta de un paño negro; sobre la mesa hay un crucifijo y dos velas, y al lado un hombre del pueblo o un militar, cuyo uniforme sólo se encuentra ya en los figurines de la historia del ejército. Aquellas figu-

ras austeras que le piden en tono grave una limosna para las víctimas; aquella bayeta obscura y aquella cruz, le dicen que ha llegado el 2 de mayo. El podría haberlo olvidado quizás; el pueblo de Madrid no lo olvida nunca. Pero pasan veinticuatro horas. El cortesano siente que le detienen suavemente por la manga del paletó y oye una voz dulce, una voz de niña: *¿Caballero, un cuartito para la Cruz de Mayo?* Vuelve la cara y... el altar no ha desaparecido, pero a los paños negros sustituyen telas vistosas de mil colores, dijes y guirnaldas de verdura. La cruz está allí, pero sus descarnados brazos se han vestido de flores y alrededor de la mesa, rodeada de macetas y cubierta de paños blancos y encajes, forman corré un grupo de muchachas bonitas.

La manecilla del reloj ha dado dos vueltas en el horario y el pueblo de Madrid, de la noche a la mañana, ha hecho, siguiendo sus invariables costumbres, aquella rápida transición.

La cruz de mayo es en la corte una contribución que no nos atrevemos a llamar voluntaria; con tal imperio la exigen sus lindas comisionadas de apremio.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

A las más pequeñas cobradoras se las suele dar dos cuartos y un beso; a las mayores se las da los dos cuartos solos, aunque no siempre por falta de ganas de darles las dos cosas juntas.

ANTIGUEDADES PREHIS-
TORICAS DE ESPAÑA